

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

26º domingo del Tiempo Ordinario (30 de septiembre de 2018)

Comisión Permanente HOAC

¿Podemos los cristianos segregarnos de otros hombres después de haber recibido el mandato de Cristo de amor a los que nos persiguen y maltratan? ¿Podemos los cristianos recluimos en una acera «nuestra» y relegar a «los otros» (los «malos») en otra acera? Esto, lógicamente, pueden hacerlo todos los hombres que profesen una ideología diferente de la nuestra; nosotros no (Rovirosa, OC, T.V. 303)

Las diferencias entre las personas y comunidades a veces son incómodas, pero el Espíritu Santo, que suscita esa diversidad, puede sacar de todo algo bueno y convertirlo en un dinamismo evangelizador que actúa por atracción. La diversidad tiene que ser siempre reconciliada con la ayuda del Espíritu Santo; sólo Él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad. En cambio, cuando somos nosotros los que pretendemos la diversidad y nos encerramos en nuestros particularismos, en nuestros exclusivismos, provocamos la división y, por otra parte, cuando somos nosotros quienes queremos construir la unidad con nuestros planes humanos, terminamos por imponer la uniformidad, la homologación. Esto no ayuda a la misión de la Iglesia (EG 131).

Mira la vida



Hay una palabra muy de moda que es "tolerancia". Creemos que significa que es bueno que nos dé todo igual. La hemos convertido en sinónimo de la absoluta falta de criterio. Si uno es tolerante, creemos, no puede ser radical (con lo que también hemos pervertido esta palabra).

Y junto a esa tolerancia errónea, crecen los guetos: "los nuestros", para diferenciarnos de los otros, de los potenciales adversarios. Nunca han existido tantas divisiones y diferencias establecidas entre los seres humanos como hoy.

"Comunidades" de vecinos incapaces de llegar a mínimos acuerdos necesarios por no querer dar ninguno su brazo a torcer; asociaciones de vecinos que no participan en proyectos de la parroquia

solo porque se trata de la Iglesia; parroquias que no quieren saber nada de las asociaciones del barrio, solo porque en ellas hay quien no cree; hermandades y cofradías incapaces de colaborar con otras, con sus parroquias; parroquias que reafirman sus límites territoriales para establecerse frente a otras que pueden tener otro sesgo distinto...; sindicatos incapaces de caminar juntos, para preservarse a sí mismos de la contaminación; partidos incapaces de superar lo ideológico propio para caminar en propuestas al servicio de las personas; militantes cristianos convencidos de nuestra "pureza" incapaces de mezclarnos con otros creyentes...

No te equivoques, tú también eres de estos, "de los nuestros": de los que construimos muros, establecemos fronteras, nos atrincheramos en convicciones, nos justificamos para poder separar a los demás, para despreciarlos. Mira tu vida personal, familiar, social, eclesial... verás como sí. Y si te empeñas, también serás capaz de descubrir algo bueno en los demás.

Marchar juntos (fragmento)

*MARCHAR JUNTOS es todo un desafío;
pero es la forma única del amor.
Juntos, romper el hielo de la comunicación;
juntos, mirar al futuro
(que se extiende como una incógnita),
con la luz que cada uno recibe de los ojos del otro;
juntos, para conseguir que, la felicidad,
no sea el fruto de ninguno
de nuestros esfuerzos por separado.
(¿Alguien conoce felicidad humana alguna
que se asiente sobre un solo pilar?)
Marchar juntos es tomarle el pulso al momento
presente
y encontrar en él
todas las demandas del amor sincero.*

(A. López Baeza)



En esa vida nos habla Dios

Mc 9,38-43.45.47-48: El que no está contra nosotros está a favor nuestro.

Juan le dijo: «Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre, y se lo hemos querido impedir, porque no viene con nosotros. Jesús respondió:

«No se lo impidáis, porque quien hace un milagro en mi nombre no puede luego hablar mal de mí. El que no está contra nosotros está a favor nuestro. Y el que os dé a beber un vaso de agua porque sois de Cristo, en verdad os digo que no se quedará sin recompensa. El que escandalice a uno de estos pequeñuelos que creen, más le valdría que le encajasen en el cuello una piedra de molino y lo echasen al mar. Si tu mano te induce a pecar, córtatela: más te vale entrar manco en la vida, que ir con las dos manos a la gehenna, al fuego que no se apaga. Y, si tu pie te induce a pecar, córtatelo: más te vale entrar cojo en la vida, que ser echado con los dos pies a la gehenna. Y, si tu ojo te induce a pecar, sácatelo: más te vale entrar tuerto en el reino de Dios, que ser echado con los dos ojos a la gehenna, donde el gusano no muere y el fuego no se apaga.

Palabra del Señor

Interioriza la Palabra

Los míos y los tuyos, los nuestros... tan antiguo como el ser humano es esto de crear muros y fronteras, distinciones y separaciones. Parece como si necesitáramos adversarios, contrarios, opuestos, enemigos, para poder ser nosotros mismos.

Lo malo, además es cuando pretendemos establecer esas divisiones en el monopolio de la verdad, cuando terminamos convirtiendo las convicciones en rigoristas sectarismos y en intransigencias exclusivistas. Lo malo es cuando nos incapacitamos para –sin renunciar a lo más radical– reconocer y acoger la parte de verdad que anida en la vida y en las convicciones de otros. Lo malo es cuando no soportamos que el Espíritu sople donde quiera y creemos que la causa de Jesús, el Reino de Dios, se agota en los estrechos límites de la comunidad, de la Iglesia. Ninguna comunidad cristiana, ni la Iglesia hoy, tenemos la exclusiva del proyecto de Dios en el mundo.

El Espíritu de Dios es tan libre que sopla donde quiere, y los cristianos tenemos que ser capaces de reconocer esa acción del Espíritu también fuera de la Iglesia; tenemos que ser capaces de reconocerla y agradecerla.

En la comunidad cristiana no caben sectarismos ni intolerancias. No puede haber envidias porque otros hagan el bien. Lo que es necesario es que el bien se haga. El discípulo debe saber valorar a todo el que hace el bien y lucha por un mundo más justo, fraterno y humano. Pero, además, ha de saber y estar dispuesto a trabajar, codo con codo, con todo el que hace el bien, con todo el que procura que la persona sea siempre lo primero, con quien aporta humanidad y dignidad a la vida de las personas, venga de donde venga, y piense lo que piense.

Lo propio de la comunidad cristiana no es la lucha competitiva por la existencia, sino la colaboración por la existencia.

El papa Francisco insiste en la necesidad de construir puentes, de derribar muros, de encontrar caminos comunes que podemos transitar al servicio del bien de las personas. Se trata de construir lugares habitables –lugares sagrados donde la dignidad humana sea reconocida– para todos en el mutuo reconocimiento, y esa es una tarea política, en la que los creyentes podemos encontrarnos con todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Allí donde se trabaja por los pobres, por los descartados y humillados, por la dignidad de cada ser humano, allí se trabaja por el Reino de Dios.

Nuestra actitud, como cristianos, ha de ser valorar con gozo todos los logros humanos, y todos los triunfos de la justicia por efímeros que puedan parecer; todos los esfuerzos de comunión social y política que puedan ir realizando al servicio del bien común y la dignidad de las personas; todos los pasos, por pequeños que sean, que nos lleven a la comunión, también, en el seno de la Iglesia, reconociendo la aportación de distintos carismas.

En la Iglesia, la división sigue siendo un escándalo. Ningún gesto eclesial es trivial. Por eso no tienen nada de eclesial los enfrentamientos y luchas de poder en su seno, las excomuniones cotidianas que nos lanzamos unos a otros, la incapacidad de vivir y trabajar juntos, nuestra falta de humildad...

Los cristianos no podemos –ni dentro ni fuera de la comunidad– quedarnos a medias tintas. Hay en el evangelio de hoy una llamada fuerte a la radicalidad, un mandato a ser signos de un mundo nuevo, hombres y mujeres que luchan con radicalidad por el bien y la vida, desde su raíz, que no es otra que el amor entrañable de Dios. Hombres y mujeres cuya existencia entera se orienta al Reino, siendo para los demás, poniendo la vida, radicalmente, al servicio de los demás; radicalmente ofrecida y entregada.

Mirando tu vida ¿qué espacios necesitas reconvertir en espacios de comunión de encuentro, de colaboración por el Reino, dentro y fuera de la Iglesia? ¿Y qué puedes aportar para ello?

Reconoce y agradece

Soy lo que me han hecho

*Señor, son muchos los que han dejado huella en mí;
muchas las que me han ayudado a descubrirme,
a despertar, cambiar, enriquecerme.
He aquí una letanía de personas
que recuerdo con agradecimiento.*

*Aquel que, inesperado y oportuno, supo escucharme comprensivo.
Aquella que, aun estando lejos, experimenté cerca.
Aquel que, con su gran bondad, me hizo sencillo.
Aquella que, corrigiéndome con cariño, me exigió caminar.
Aquel que, experimentando su debilidad, hizo que me sintiera pobre.
Aquella que, con su experiencia de gratuidad, me abrió un mundo de relaciones fraternales.
Aquel que, con su vida incansable, me invitó a luchar.*

*Soy lo que soy gracias a muchas personas
pequeñas y grandes, amigas y anónimas.
Aquella que siempre esperó de mí la transparencia de mi yo.
Aquel que siempre me enseñó a ver lo positivo.
Aquella que me quiso como soy animándome a crecer.
Aquel que con su expresividad me hizo más transparente.
Aquella que con su vida profunda me hizo más libre.
Aquel que con su desacuerdo me ayudó a descubrir la verdad.*

*Déjame darte gracias por quienes me han marcado,
para siempre con su vida y frescura.
Aquella que, libremente, cambió su vida creándome interrogantes.
Aquel que me ayudó a desvelar mi riqueza ignorada.
Aquel fortuito que descubrí un día y se quedó en mí.
Aquella que su necesidad de mí hizo que me sintiera único.
Aquel que se atrevió a decirme "te quiero mucho".
Aquella que desde su duda profunda alimenta mi felicidad.
Aquel que anunció en mí la buena noticia de que Tú me quieres.*

*Déjame darte gracias, cantarte y alabarte por todos ellos,
hijos tuyos y hermanos míos.*

(F. Ulibarri, adaptada)



Y ofrece tu vida

*Señor, Jesús, te ofrecemos todo el día...
María, madre de los pobres...*